

E

Sólo quería correr. Descalza, cuesta abajo. Correr lo más rápido posible. Y gritar muy alto. Luego me arrepentí porque la hierba estaba húmeda y hacía poco más de cinco grados, y acabé resfriándome. Pero me daba igual. En ese momento era lo único que quería hacer.

—¡¡Aaaaah!!

Estuve dando vueltas un par de minutos hasta que me quedé sin aire. Es maravilloso eso de perder la cabeza de vez en cuando. Me agaché para intentar recuperarme. Entonces levanté la vista hacia lo alto de la colina.

— ¡Estamos solos, en mitad de un prado completamente verde perdido de la mano de Dios, ¿y no piensas hacer nada más que mirarme?! ¡Venga ya!

— ¡Alguno de los dos tendrá que estar en condiciones para cuidar al otro! ¡Porque no sé si te das cuenta, pero tienes todas las papeletas de pillar un enfriamiento de los gordos!

— ¡No seas aguafiestas!

La brisa removía el prado mientras E venía hacia mí, con parsimonia, como siempre solía andar. Llevaba un jersey azul marino, con cuello de tortuga, y unos chinos grises. Tenía también una bufanda de cuadros, de las típicas que puedes comprar en cualquier parte de Escocia por poco más de cinco libras y que te duran toda la vida. Yo llevaba poco más de un peto vaquero. Acabábamos de llegar a Glasgow y había convencido a E de hacer una “paradita urgente” antes de ir al dúplex que alquilamos. Teníamos pensado pasar allí un par de meses, quizás más, trabajando. No hay mucho más que saber. En cuanto me alcanzó me tendió la bufanda.

— Toma. Y vámonos, que no quiero que te pongas mala, que acabamos de llegar.

Nunca he sabido describir mi relación con E. Bueno, describirla puede, pero nunca he sabido etiquetarla. Tampoco hacía falta. Nos conocíamos desde hacía poco más de un año.

¿Nos queríamos? Supongo. Casi desde que le conocí he cuidado de él y él ha cuidado de mí. Pero no éramos pareja. Ni mucho menos. La relación no iba por ahí. Aunque tampoco me atrevería a decir que lo nuestro era amistad. Creo que es algo mucho más complejo. Desde fuera puede parecer que somos como el agua y el fuego, pero la verdad es que somos tan parecidos que asustamos. Sí, eso es. Somos algo así como una persona con dos cuerpos. E y yo nunca hablábamos de nuestra relación. Tan sólo dejamos que evolucionara y ahí estábamos, en mitad del campo escocés, E mirándome mientras que yo daba botes. Tenía un semblante serio, pero su mirada era divertida.

— Me está dando frío — dije.

— Qué cosas.

— Vámonos que todavía tenemos que hacer la compra.

— Sí, sí...

E sonrió y me tomó la mano. Se la estreché. Pues sí, curiosa relación.

— Espera, se me ha olvidado el libro — dijo E.

— No tardes.

Mientras volvía, fui arrancando el coche. Los miércoles nos coincidían los horarios: ambos teníamos el día libre. Normalmente no salíamos de casa, pero esa mañana hicimos una excepción. Íbamos a Irvine, a unos veinte minutos en coche desde el centro. Llevábamos un par de semanas en la ciudad y aún no habíamos ido de excursión a la playa. E entró en el coche. Le dirigí una mirada engreída.

— ¿Qué haces con chanclas?

E me miró extrañado.

— Vamos a la playa, ¿no?

— Sí, vamos a una playa *escocesa* a mediados de *septiembre* — recalqué.

E bufó. Sabía que no iba a entrar otra vez en casa para cambiarse los zapatos. Yo tampoco lo haría.

Me siento mal por ella. Lo digo en serio. ¿Por qué? Bueno, piensa que soy alguien diferente. Quiero decir, distinto de ella. Pero no es así. No es casualidad que a ambos nos guste la lluvia, que no soportemos la cerveza, que seamos zurdos. Tampoco es química que nos acabemos las frases ni que nos demos cualquier chisme que nos haga falta antes siquiera de pedirlo. No. No es así. No sé cómo he acabado en este cuerpo, de verdad, pero el caso es que así ha sido. Pero, sin embargo, no es consciente de ello. Simplemente piensa que somos dos personas que encajan como las piezas de un puzle. Perfectos complementarios.

Me siento mal por ella. De todas formas no pienso decirle nada. Aunque lo hiciera, me miraría como si estuviese loco y diría algo así como: “E, a veces pienso que deberías ser escritor”. Después sonreiría y seguiría haciendo lo que sea. Sé que no voy a decirle nada, pero no sé si debo hacer algo. Porque me estoy asustando. Estoy cambiando. Estar lejos de ella me está haciendo cambiar.

— E...¡¡E!!

— Uy... Eh, perdona, estaba pensando en mis cosas — dijo.

— Ya me he dado cuenta. Decía que está empezando a hacer más frío y que si querías cenar por aquí.

— Ah, vale — hizo una breve pausa y después me sonrío de oreja a oreja —. ¡Vamos!

E llevaba todo el día bastante ausente. Cuando estaba así, no le molestaba. A nadie le gusta que le incordien cuando está reflexionando. Así que le dejé estar. Fuimos a comer a un

local cerca del club de vela. Preferíamos un restaurante tradicional antes que cualquier otro sitio.

— Pareces un oso. Tienes salmón por toda la cara — dijo E.

— Eres un exagerado.

— Oye.

— ¿Mmm?

— Gracias.

Dejé de masticar. E no solía hablar de lo que sentía. Le miré extrañada.

— ¿A qué viene eso?

— Tenía que decirlo. Gracias por aguantarme. Y por cuidarme. Eres fundamental para mí.

Me quedé de piedra. No sabía qué decir. Entonces se le saltaron las lágrimas y me moví como si fuese un resorte.

— Anda, ven aquí — fui a abrazarle. Estaba temblando.

— Gracias — balbuceó.

— Shhh — le mandé callar —. Gracias a ti.

He tomado una decisión. No importa que no consigamos volver a ser uno. No voy a dejarla porque dependemos el uno del otro. Soy sus pensamientos más profundos personificados. Soy su espíritu. Soy su ego.